

Chile a medio siglo del golpe de Estado*

por **Isabel Allende Bussi****

Quiero agradecer esta invitación de LASA por estar hoy en esta intensa jornada que comenzó ayer, y poder participar de esta importante conversación sobre la democracia, considerando la experiencia de nuestro continente, tanto a través del desempeño de nuestras instituciones y la democracia electoral, como también respecto a los déficits del sistema representativo liberal: desigualdad, racismo, relaciones internacionales asimétricas, migraciones, corrupción, violencia y populismo.

Mis saludos a la presidenta de LASA, Margarita López; a la coordinación del Programa a cargo de David Smilde y Yanina Welp; también a Emilia Simison y Camilo Neto-Matiz en el apoyo a la coordinación. Por cierto, a mi amigo John Dinges, quien fue quien me invitó especialmente a participar; y a Noam Titelman, un académico brillante de la nueva generación política de Chile, con quien compartiremos este panel a 50 años del Golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile, y a todas y todos los asistentes que están participando presencial como virtualmente.

El gobierno de la Unidad Popular (UP) de mi padre, Salvador Allende, ocurre en medio de la guerra de Vietnam, un punto crítico de la Guerra Fría, en momentos relevantes de despliegue de la influencia de la revolución cubana, de la agudización de la violencia política en el continente y de continuos episodios de alta deliberación e intervención de las Fuerzas Armadas en los procesos políticos de las naciones latinoamericanas.

Salvador Allende, el nuevo presidente elegido democráticamente en 1970, socialista, varias veces parlamentario, candidato presidencial y ministro, era un político de izquierda, cuya larga trayectoria siempre sucedió en medio de la práctica democrática. Lo mismo las fuerzas principales que lo apoyaban, el Partido Socialista y el Partido Comunista, que participaban activamente del Parlamento y de las reglas del juego del sistema democrático. Fue elegido presidente con 36% de la votación nacional y confirmado, luego de una negociación con las fuerzas de centro, por el Parlamento en Pleno.

El programa de gobierno del presidente Allende y de la UP era muy ambicioso. Nacionalización de la gran minería del cobre (en manos norteamericanas) y profundización de la Reforma Agraria —reformas que se habían iniciado en el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei (1964-1970)— estaban en el centro de su agenda. También la nacionalización de la banca y la creación de un área de propiedad social en la economía. El propósito del presidente y de su coalición era conciliar este proceso de cambios con la vigencia plena de un sistema democrático. Esta era la vía chilena al socialismo.

La política económica implementada provocó una fuerte expansión de la demanda y el consumo y ello se reflejó en un crecimiento en el apoyo electoral al gobierno. Sin embargo, muy pronto afloraron dos aspectos que serían muy importantes en el escenario político: la división de las fuerzas de la UP en relación con el camino estratégico del gobierno y la acción activa y negativa de los grupos de ultraizquierda con reiteradas acciones violentas.

* Este texto es una edición de la ponencia virtual pronunciada en el congreso "América Latina y el Caribe. Pensar, representar y luchar por los derechos", realizado en Vancouver, Canadá, entre el 24 y 27 de mayo de 2023.

** Senadora de la República de Chile.

Es importante destacar que durante la UP se produjo una expansión del consumo y acceso a bienes para los sectores de menos recursos, que prácticamente fue la primera vez que tenían esa posibilidad. La política social de instaurar la entrega del medio litro de leche a cada niña y niño, sin distinción, es expresión de aquello. Y que aún persiste en Chile. Sin embargo, la política económico-expansiva encontró un límite en la capacidad productiva del país y pronto se desencadenó un persistente desabastecimiento.

Otro aspecto relevante es la gran importancia que alcanzó la ampliación y difusión de las expresiones culturales. La creación de la Editorial Quimantú es un emblema de aquello, a través de la publicación de literatura clásica y mundial, en ediciones rústicas y de bajo costo, vendidas en los kioscos de diarios de todo el país, posibilitaron la lectura y el conocimiento de diversas temáticas y autores internacionales, como nunca antes (ni después) se ha producido en el país.

Y por cierto, la gran participación popular que se manifestaba en todos los ámbitos, donde se fortalecieron las distintas organizaciones sindicales y sociales, dando cuenta de un empoderamiento ciudadano que iba en crecimiento, desde las organizaciones promovidas anteriormente en el gobierno de Frei Montalva (juntas de vecinos, centros de madres) hasta la gran presencia de jóvenes en los niveles secundarios y universitarios; por cierto en las grandes centrales de la minería; en todo el mundo agrícola; entre profesores de la educación pública, y en la ampliación de la militancia en los partidos políticos de izquierda.

La singularidad del proyecto de Salvador Allende fue conjugar socialismo y democracia, cambio y respeto por la institucionalidad vigente. En su primera intervención ante el Congreso Pleno, el 21 de mayo de 1971, dijo al país: *“Estoy seguro que tendremos la energía y la capacidad necesarias para llevar adelante nuestro esfuerzo, modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario”*.

Lejos de sus convicciones estaba el empleo de los métodos violentos de lucha o las rupturas históricas que pretendían hacer tabla rasa del pasado. Muy por el contrario, creía que los cambios tenían solidez solo cuando fueran internalizados por la conciencia colectiva e incorporaran la memoria histórica y las tradiciones: *“Rechazamos en los más profundo de nuestras convicciones las luchas fratricidas. El respeto a los demás, la tolerancia hacia el otro, es uno de los bienes culturales más significativos con que contamos”*.

La oposición

Desde el primer día, los grupos cuyos intereses iban a ser afectados por el programa del gobierno iniciaron una oposición feroz. Su violencia fue escalando hasta la caída del gobierno, con una participación muy activa de civiles de derecha en crímenes y sabotajes.

La intervención del gobierno de Estados Unidos fue explícita y operó en cuatro campos. Financiamiento de la oposición política y gremial, operaciones criminales promovidas desde la CIA (la primera y más grave, el asesinato del comandante en jefe del Ejército, conocido por su convicción constitucional), el establecimiento de un cerco a la economía del país, y por último la promoción de la deliberación golpista en las Fuerzas Armadas. Todas estas acciones del gobierno norteamericano y sus servicios están debidamente establecidas en reportes del Congreso de los Estados Unidos.

Existieron también fuerzas políticas de centro, clase media y pequeños propietarios que se sintieron amenazadas por el avance del programa del gobierno y por la retórica ultraizquierdista. La incapacidad de la UP para articular acuerdos con ellos influyó en el empuje final de los golpistas, quienes además alentaron en la Democracia Cristiana la ilusión de un rápido retorno a la democracia, que dejaría a la administración en manos de esas fuerzas centristas luego de la caída del gobierno de Salvador Allende.

El golpe

El golpe de Estado en Chile difiere de los habituales golpes militares del continente, dado que no se trató de una disputa burocrática de poder entre grupos de uniformados.

Aquí, un mando militar extremadamente vertical, con una fuerte colaboración civil, se confabuló para destruir la capacidad organizativa y la fuerte conciencia colectiva de la izquierda chilena constituida a lo largo de todo un siglo y eso implicó eliminar físicamente a miles de militantes y dirigentes de esa tradición política y cultural.

Un dato adicional importante es que, en la última elección parlamentaria, sólo seis meses antes del golpe, la UP había obtenido el 44% de la votación nacional.

El Golpe no pretendió imponer una lógica restauradora, sino una refundación nacional, neoliberal en lo económico y conservadora en lo valórico, que destruyera de modo radical la dinámica reformista de la última década Frei-Allende.

Lecciones de una derrota

La dictadura derivada del Golpe se prolongó por 17 largos años. Pero desde el primer día y a partir del ejemplo del presidente Allende, que murió defendiendo nuestras instituciones republicanas, en el país se desarrolló una lucha por la recuperación de la democracia arrebatada.

En estos días, al cumplirse 50 años del Golpe de Estado, es fundamental recordar a todas las víctimas y a todos los luchadores por la libertad. Este ejercicio de memoria es imprescindible para sustentar con bases espirituales y morales sólidas nuestra vida en común y la construcción de la sociedad del futuro.

Las fuerzas políticas que apoyaron al Presidente Allende iniciaron, en paralelo a las luchas de resistencia contra la dictadura, una fuerte reflexión autocrítica de la experiencia de la UP. Es en este marco y en el de la declinación de los socialismos reales, en los años 80, se consolidó

la renovación socialista. Este proceso intelectual luego fue clave en la conformación de las alianzas que concluyeron derrotando a Pinochet en el Plebiscito de 1988.

Los puntos esenciales de esa reflexión crítica del pensamiento socialista señalan que los procesos de transformación social, para ser posibles, siempre deben ser respaldados por amplias mayorías políticas, sociales y culturales; que estas transformaciones, para ser válidas, deben ejecutarse junto a la plena vigencia de todas las libertades públicas, y que el marco referencial de nuestra convivencia es el respeto irrestricto a los Derechos Humanos. De este modo la democracia es nuestro espacio y límite de accionar político.

Además, las fuerzas progresistas deben compartir no solo propósitos de cambio, sino también converger en una visión estratégica común. Solo así es posible avanzar y consolidar transformaciones.

Al cabo de 50 años, y sin dejar de reconocer enormes carencias y dificultades, el cuadro en América Latina ha evolucionado respecto de 1973. El uso de la violencia como medio de acción política se ha reducido, la deliberación militar golpista es una excepción, la intervención extranjera en los asuntos internos de los países encuentra límites crecientes y muchas naciones afirman su intención de desarrollarse en una lógica de respeto a los derechos humanos de los ciudadanos y ciudadanas.

En este sentido, es valorable que hoy contemos con publicaciones de relevantes investigaciones, que fueron posibles a raíz de la apertura y acceso a esta información, y así, saber la real influencia que tuvo el gobierno norteamericano en el Golpe de Estado de 1973, antes incluso que Salvador Allende accediera a la presidencia de la República.

Asimismo, también considero importante que se reconozca el error de haber confabulado y contribuido a derrotar una opción que a través de las vías institucionales y democráticas buscaba

generar condiciones políticas, económicas y sociales para avanzar hacia un proyecto de mayor igualdad para todas y todos.

Desafíos actuales

La conmemoración de estos 50 años encuentra a los chilenos con un gobierno progresista, encabezado por el presidente Gabriel Boric, lo que nuevamente desafía a la izquierda a conducir un proceso de cambios.

El actual es un mundo diferente, golpeado por el cambio climático y sus tremendos efectos, con inmensos movimientos migratorios y bandas del crimen organizado operando globalmente.

Enfrentamos populismos de izquierda y de derecha que debilitan el Estado de derecho y amenazan la democracia y la convivencia libre.

Pero aún en este contexto repleto de dificultades, creemos que es posible llevar adelante un proceso de transformaciones que responda las expectativas de la gran mayoría de chilenos y chilenas, los que pese a vivir por 30 años continuos en democracia, con reducción de la pobreza y una fuerte expansión de la escolaridad y los ingresos, demandan mejores bienes públicos (salud, pensiones, vivienda) y una sociedad con menos desigualdad y discriminación. Sin abusos ni privilegios.

Por eso se movilizaron masivamente en 2019 en lo que en Chile llamamos el Estallido Social.

La respuesta del sistema político fue abrir un proceso de cambio constitucional que intenta aún concretarse. El gran desafío para el gobierno del Presidente Boric es concluirlo. Y en lo posible, concretar un nuevo régimen político con partidos fuertes y representativos, que terminen con la actual fragmentación e incrementen las capacidades resolutivas de la democracia en todos sus niveles.

Que dé respuesta a las grandes demandas sociales de los chilenos y chilenas. Y que también conecte con la ciudadanía que exige con urgencia más seguridad en sus barrios.

Responder a la expectativa ciudadana es apremiante. Pero no hay escapatoria. Necesitamos mejorar la gestión estatal. Necesitamos hoy, como ayer, más cohesión de las fuerzas que apoyan al Presidente. Necesitamos fortalecer nuestra comunicación de logros y desafíos.

Necesitamos desarrollar proyectos como el de la creación de una industria del Litio, a partir del proyecto que reciente presentara el Presidente Boric, que busca convertir al Estado en el principal promotor y controlador de la industria a través de un modelo público-privado y una empresa nacional.

Aunque podemos decir con orgullo que tenemos hoy uno de los presidentes más jóvenes del mundo, entendemos que este es un proyecto de varias generaciones: la que representa Noam, que ha vivido siempre en democracia, pero que marchó y luchó por una educación pública y de calidad, y por una sociedad inclusiva; y la mía, que acaricia los sueños de Allende, sufrió el exilio y luchó para ver la democracia recuperada y consolidada.

Sacar adelante este proyecto en el Chile actual requerirá de mucho diálogo político y de mucho realismo. Pero por sobre todo de la convicción de que tenemos por delante, sin dudarlo, la posibilidad de un país mejor. Y que de nosotros depende. //